

## CAPITULO XXVIII

## MANCHAS.

Ahora vamos á ver como quedó la infeliz población de Cuautla de Amilpas.

Calleja se encontraba postrado en el lecho del dolor á causa de un derrame de bilis, y en ese mismo dia habia escrito una carta al virey en que le decia entre otras cosas: "Conviene mucho que el ejército salga de este infernal país lo mas pronto posible, y por lo que respecta á mi salud, se halla en tal estado de decadencia, que si no le acudo en el corto término que ella puede darme, llegarán tarde los auxilios. V. E. se servirá decirme en contestacion lo que debo hacer."

Cuando oyó el gran tiroteo que se hacia por el rumbo de Zacatepec, creyó que era una de tantas salidas de los insurgentes para proporcionarse víveres y solo cuando á las dos horas, despues de establecido

el silencio, supo por su mujer que Cuautla habia sido abandonada por sus defensores, en razon de encontrarse allí en la misma casa de Calleja un vecino de la población que habia acudido á ella pidiendo algo de comer, gritó con voz destemplada desde su lecho:

—¿Cómo! Morelos ha salido ya de Cuautla?

—Eso dice el jóven Jimenez, que llegó aquí hace poco desfallecido de hambre y al cual he proporcionado algo, porque de veras es digno de lastima, contestó la mujer de Calleja.

—Que entre, que entre, exclamó el general colérico.

El jóven Jimenez entró.

—¿Es cierto que ha salido Morelos de Cuautla? le preguntó.

—Tan cierto es, contestó el jóven, que yo lo he visto y ese es el fuego de cañon que se está oyendo por Zacatepec.

—Pronto, mi ropa, mi caballo, que vengan mis ayudantes, exclamó Calleja incorporándose.

Y un cuarto de hora despues se le vió ya á caballo y dictando disposiciones.

Al brigadier Echegaray le nombró gobernador de la plaza, ordenándole que con la mayor parte de la infanteria entrara á ocuparla recogiendo todos los elementos de guerra que hubieran dejado en ella los insurgentes.

A Llano le encomendó que se ocupara de reunir los elementos dispersos que hubiera en las líneas, de reconcentrar las tropas y situarse con todas en las

orillas de la población hasta que se le ordenara la entrada.

Respecto de la caballería no podía dar orden ninguna porque se le informó que toda andaba ocupada en la persecución del enemigo, al cual seguía en las distintas direcciones por donde se había dispersado.

Al amanecer estaba ya de vuelta Calleja en su alojamiento acompañado de su secretario, escribiendo los partes según las noticias que había recibido hasta aquellos momentos, mandando un extraordinario violento á México con la feliz nueva de aquel acontecimiento.

Decía entre otras cosas al virey: "El día que justamente se cumplen cuatro meses de la toma de Zitácuaro, ha entrado este ejército, "siempre vencedor," en Cuautla, á las dos de la mañana.

El enemigo intentó una salida por dos puntos de la línea, fué rechazado en el uno, y con mucha pérdida penetró por la caja del río, y en aquel momento destacó la infantería á que se apoderase de Cuautla, y la caballería á que siguiera el alcance, tan próximamente, que iba mezclada con él.

"La primera me ha dado parte de haberse apoderado del pueblo y de toda la artillería enemiga y la segunda de que se le sigue con tesón....."

En su segundo parte dice así: "Las siete leguas están sembradas de cadáveres..... No se da un paso sin que se encuentren muchos."

Es preciso advertir que la mayor parte de esos cadáveres eran de las mujeres, los niños y los ancianos,

toda gente indefensa y hambrienta, que había salido en busca de alimento con el ejército insurgente. Alaman, entre otros muchos incidentes, refiriéndose á un soldado de Calleja que después fué republicano, pone esta nota:

"Don Estéban Moctezuma, que fué después general de la República, acompañaba á Don Anastasio Bustamante, entonces capitán de San Luis y comandante de las guerrillas, de quien Moctezuma era ordenanza, Moctezuma, al volver á Cuautla concluido el alcance, iba matando con la lanza á las mujeres que hallaba heridas en el camino, cuyo acto de crueldad le reprendió Bustamante, á quien he oído referir el suceso de su propia boca. Moctezuma, sin embargo, era hombre de gran valentía, de que dió después muchas pruebas, etc."

Y se comprende que la gran matanza que se verificó en todos los caminos fué de gente indefensa lan- ceada por aquellos feroces caníbales, porque Don Carlos Maria Bustamante dice: "Dentro del segundo día entró Morelos á Izúcar á las once de la mañana: allí encontró á Don Miguel Bravo con la tropa que había defendido. Este fué el punto de reunión. Notóse luego que solo faltaban de los soldados de Cuautla diez y siete hombres y que se hallaron treinta fusiles mas de los con que salieron del sitio. Al día siguiente salió Morelos de Chautla de la Sal, donde completó la reunión, en términos de que solo se echaran menos tres hombres, Bravo, un Sr. Cas-

tellanos que lo acompañaba y otro de que no hago memoria.”

Esto demuestra que los ochocientos diez cadáveres que dice Calleja había mandado recoger en los caminos, pertenecieron en su mayor parte á la muchedumbre de gente indefensa que salió con el ejército insurgente, puesto que, según dice el mismo Bustamante, no llegaba á ese número en su totalidad, de manera que debían haber muerto todos para que resultara exacto el parte de Calleja tratándose en él de los beligerantes.

Respecto de Don Leonardo Bravo que tan felizmente había logrado salir de la plaza sitiada, tuvo que regresar casi solo á buscar á su esposa y en la hacienda de San Gabriel fué aprehendido á consecuencia de la traición que le jugaron Don Mariano Pineda y Don Domingo Perez, y al cual antes de mandarlo prisionero á México le hicieron pasar por todo género de humillaciones.

De la misma manera que se habían saciado los soldados realistas en el alcance de las fuerzas insurgentes matando á las criaturas indefensas, los que entraron á Cuautla cometieron sus depredaciones de costumbre, sobre las cuales dijo en su parte el gobernador Echegaray: “Mi general [dirigiéndose á Calleja] luego que llegué á este *infame* pueblo recorrí las casas. Nuestras tropas las han dejado en peor estado que las de Zitácuaro, cuando fueron entregadas al fuego. El pueblo tenía á medio campo de hombres y mujeres, y á pesar de patrullas y guardias en las en-

tradas, nada conseguí, pues los mismos que custodiaban fueron los que causaron mas mal. La iglesia después de cerrada ha sido saqueada, etc.”

Y para completar el sombrío cuadro, copiaremos lo siguiente, dicho por el realista Alaman: “En Cuautla no encontraron los realistas habitantes sino espectros: la hambre y la miseria se echaban de ver en todos los individuos del pueblo infeliz, sobre quien estas calamidades habían especialmente recaído, pues en cuanto á la tropa de Morelos, todavía se encontró algun repuesto de víveres que le estaban destinados. (Esto último no lo funda en ningun testimonio.) Además, la peste había hecho terribles estragos: las casas estaban llenas de enfermos y de cadáveres, que no había quien hiciése enterrar.”

“Así terminó, continua diciendo Alaman, al cabo de setenta y dos días, el famoso sitio de Cuautla prolongado por tanto tiempo, tanto por la tenaz resistencia de los sitiados, cuanto por la falta de medios correspondientes de los sitiadores.” Y al concluir tan interesante capítulo, que habla tambien de las fuertes sumas que costó al gobierno del vireynato, agrega esto que en su pluma tiene una alta significación: “En cuanto á Morelos, el clima y la estación le sirvieron otra vez de antemural impenetrable, y libre de riesgo de ser atacado por los realistas en el punto á que se retiró, tuvo tiempo para rehacerse de la pérdida que había sufrido, recogiendo los dispersos y levantando nueva gente, conque se volvió á presentar pronto en campaña mas pujante y temible que antes.

Su reputacion habia crecido con los últimos sucesos, y aunque en el resultado del sitio de Cuantla el triunfo quedase por parte de los realistas, la fama y la gloria fueron sin duda para Morelos."

Parece fuera de duda que si no se hubieran concluido los víveres y las municiones de los insurgentes, que si no se hubiera desarrollado la epidemia de un modo tan alarmante, pues que morian diariamente hasta treinta y cuarenta personas, lo mismo que, si no hubieran salido las tropas sacadas por Matamoros y otras que hicieron despues falta á Morelos para hacer salidas vigorosas sobre el campamento enemigo, Calleja hubiera tenido que retirarse, pues en carta reservada dijo despues al virey: "Démosle gracias á ese buen clérigo de que nos ha ahorrado la vergüenza de levantar el sitio, lo que nos habria hecho perder el poco concepto que conservamos....."

Calleja, siempre enfermo de la bilis, siguió en su cuartel general situado en las afueras de la poblacion dictando órdenes para que se fusilara á los prisioneros que fueran encontrados, para que se levantaran los cadáveres, para que fueran curados sus heridos y para que se hiciera lo demas que se hace cuando se adquiere un triunfo, aunque este triunfo sea sobre escombros y miseria como lo fué el de Cuantla. Prisioneros no hubo y fué necesario conformarse con fusilar á aquellas personas que pudieran ser mas sospechadas de encontrarse en relaciones íntimas con el enemigo. Sobre este particular creyó Calleja que los papeles de Morelos abandonados en su alojamiento,

podian darle luces; però resultó que estos papeles eran en lo general inservibles y que solo entre ellos pudo encontrarse una especie de diario, que de su puño y letra llevaba el caudillo independiente, el que dió mucho en que pensar al general español, encontrando en aquel aptitudes para las cuales no le consideraba ántes capaz. Asi fué como en otra carta que escribió á Venegas, le decía: "Que si Morelos hubiera aparecido en España y no en México, hubiera sido el mayor general de sus días." No encontrando, pues, en quien cebar la bilis que estaba padeciendo, se conformó con mandar ahorcar á unos cuantos desgraciados de los que no tenian culpa ninguna de que se le hubieran escapado todos los cabecillas insurgentes.

Hasta el dia siguiente en que le fué entregado D. Leonardo Bravo, aprehendido traídoramente en la hacienda de Yermo por los mismos á quienes se habia confiado con toda serenidad é hidalguía, fué cuando sonrió por primera vez durante toda aquella jornada Calleja, al cual se le oyó decir:

—Loado sea Dios que ya tengo un gefecillo insurgente prisionero que poder presentar en México como un testimonio de mi victoria.

Y mandó que no se le fusilara todavia, sino antes bien se le tratara humanamente á fin de poderlo llevar en su entrada triunfal á la capital del vireynato, sano y salvo para que el virey dispusiera de su suerte, que de seguro no habia de ser mas que la horca.

Juntamente con D. Leonardo Bravo cayeron también prisioneros D. Mariano Piedras, que no tenía ningún carácter militar y el coronel D. Manuel Sousa que lo acompañara en su triste aventura. Hé aquí cómo pasó aquel suceso. Según dijimos antes, el primero, no obstante haber salido también de Cuautla, rompiendo la línea enemiga, se volvió en busca de su mujer para salvarla, si era posible, de que cayera en poder de los realistas y fué á alojarse, conducido por Pineda, en la hacienda de San Gabriel perteneciente al español Yermo, en la cual pidió hospitalidad que le fué concedida por el filipino Domingo Perez, al parecer con el mayor gusto. Fuera de aquellos dos individuos acompañaban á Bravo unos veinte hombres que no llevaban entre todos mas que siete fusiles y á los cuales puso Perez en un lugar distante, mandando que fueran atendidos debidamente. Dando otras instrucciones reservadas á su servidumbre lo mismo que á Pineda, volvió á la sala donde lo esperaban sus principales huéspedes, y dijo á Bravo con voz llena de afecto:

—Ya he colocado aquí cerca á la gente, disponiendo que le den bien de comer por si quisieren ustedes continuar su camino.

—Solo descansaremos aquí un poco, le contestó Bravo, tanto porque no quiero comprometer á usted, que es dependiente de un enemigo nuestro, como porque no vayan á darnos aquí una sorpresa las fuerzas que deben venirnos siguiendo.

—Aquí no corren ustedes el menor peligro, le con-

testó Perez riendo, ya he destacado mozos montados por los caminos y uno está en la azotea, los que nos avisarán luego que perciban cualquiera polvareda.

—Cuánto se lo agradezco á usted, dijo el gefe insurgente muy conmovido: siquiera descansaremos con calma unas dos horas. ¿Habrá un lugar en donde recostarnos?

—Primero comerán ustedes alguna cosa; ya he mandado dar prisa á la comida para que esté antes de la doce: dentro de una media hora nos sentaremos á la mesa y despues podrán ustedes dormir una pequeña siesta tranquilamente.

Vió tal franqueza Bravo, tanto en las palabras como en el semblante de Perez, que sin el menor recelo se despojó de sus armas y sin ellas pasó al comedor seguido de sus compañeros, que las conservaron, luego que un criado vino á decir que ya estaba la sopa servida. Se sentaron los tres y el dependiente de Yermo también ocupó su asiento respectivo procurando sostener una conversacion animada sobre los últimos acontecimientos.

Apenas iban en el segundo platillo cuando se vieron rodeados de quince hombres armados con pistolas y escopetas. En el mismo instante puso Perez una pistola amartillada en la frente de Bravo, mientras que dos de sus hombres le sujetaban por la espalda. Sosa saltó la tapa de los sesos al primero que se le aproximó y los restantes lo acribillaron á balazos dejándolo muerto.

Otro dependiente entró á poco todo ensangrentado y dijo con voz siniestra:

—Están cumplidas sus órdenes, Sr. de Perez, todos los veinte hombres de la cuadra están ya muertos.

Perez mandó que fueran bien atados los prisioneros y bien custodiados los ocultó en una barranca próxima mientras llegaban las tropas realistas que habia ya pedido. El capitán D. Miguel Ortega que venia con ese objeto fué enviado por el administrador de la hacienda de San Gabriel, Juan Antonio de la Torre, derrotó en el camino otra partida que se le interpuso, mandando que fueran fusilados treinta y dos prisioneros, menos el gefe teniente coronel D. Luciano Perez que fué destinado á formar compañía á Bravo en la entrada á México.

Calleja, deseoso de terminar cuanto antes con sus operaciones militares, que se reducian á mandar algunos destacamentos sobre los pueblos inmediatos que permanecian insurrectos y en los cuales se cometieron por sus tropas los excesos de costumbre, á recoger el poco armamento dejado por los insurgentes en la plaza de Cuautla, á distribuir el botín que se habia recogido de poder de los particulares y á dar una organización conveniente á su ejército que habia quedado en una situación deplorable á causa de la mortandad que habia sufrido, mandó que regresara el brigadier Llano á Puebla con su division y reservándose el batallón de Lobera, que era lo mejor que por entonces

tenia, para que la vista de ese cuerpo disimulara en parte los destrozos que habia sufrido, expidió la orden final, que ya se extrañaba mucho se hubiera retardado tanto, de que se pegara fuego á Cuautla, recogiendo-se las cosas sagradas de la iglesia para llevarlas á lugar seguro.

Entonces se repitió el horroroso espectáculo de Zitácuaro. Mientras que las casas eran consumidas por las llamas, los pobres vecinos de todas edades, sexos y condiciones que no tenian culpa alguna de que allí se hubiera defendido Morelos, salian en fúnebre procesion á buscar asilo en los montes inmediatos, llevando lo poco que les permitian sus extenuadas fuerzas.

Una vez que consideró terminada su mision el ferroz Calleja, dió la orden de marcha, haciendo su entrada en la capital el 16 de Mayo por la garita de San Lázaro. Temiendo otra caida como en la vez anterior que volvia de Zitácuaro, no entró á caballo sino en coche, pretextando enfermedad.

Eran conducidas en triunfo las piezas de artilleria, banderas y cajas de guerra quitadas al enemigo; y atados codo con codo, pié á tierra y con los vestidos desgarrados, iban en el centro de la columna los tres prisioneros. Pero lo que mas produjo indignacion á los simpatizadores de la causa de la independenciam, fué la conducta cobarde de un grupo de españoles á la cabeza de los que iba á caballo uno que pertenecia á la nobleza, los cuales fueron llenando de injurias

por todo el camino á los tres prisioneros hasta la cárcel de corte, lugar de su destino, del cual no habían de salir sino para el patíbulo. Así quedó cerrado con broche de oro el triunfo alcanzado en Cuautla por el inmortal Calleja.

## CAPITULO XXIX

### LA MADRE

El mandarin de Nueva Galicia D. José de la Cruz, seguía gobernando á sus anchas, extendiendo de tal manera su poder, que ya era considerado como una potencia en frente de la del virey de México, al cual solo por pura cortesía le daba cuenta de alguna de sus determinaciones, las cuales no obedecían mas que á su sola y soberana voluntad. En la ancha zona que le estaba encomendada, que él había procurado extender hasta las mas remotas tierras, gozaba de un predominio que por nadie era disputado y antes bien por todos reconocido, considerándose, y si no se consideraba, teniéndose en la práctica, como el señor absoluto de sus vastos dominios.

De cuando en cuando aparecía en aquellos horizontes alguna nubecilla formada por partidas de in-